

El Agua y la Ciudad

El río de Usme, piedras y musgo.

En realidad, ese que llamamos el *río de Usme*, es la última extensión de la Vereda Olarte, que alimenta al río Tunjuelo a unos kilómetros de distancia, y divide a Usme de Ciudad Bolívar. En mi experiencia, el *río de Usme* es el lugar más cercano al páramo del Sumapaz, en el que he estado.

Fueron dos ocasiones en que lo visitamos. El grupo de la primera excursión era: Alan, Chaparro, Iker, Julián y yo. La segunda vez nos acompañó Brausin, una integración extraña, ya que casi nunca ha salido con nosotros. Sin embargo, la primera vez fue realmente especial, por esto hablaré de ella.

Era un 19 de abril, cuándo los cinco, intrépidos y aventureros, nos reunimos alrededor de las dos de la tarde a las afueras del Colegio la Aurora. Todos íbamos vestidos de jean, con buzo y chaqueta; porque Usme es helado. Estábamos nerviosos y exaltados por la aventura.

Recargamos las tarjetas de SITP; pagamos exactamente la ida y la vuelta, sin remediar en la posibilidad de hacer trasbordo. Después nos dirigimos a la parada del CAI de la Aurora, donde esperamos el bus *Usme Pueblo*, que nos aproximaría a nuestro destino, recuerdo que tardo alrededor de media hora, en la que nos distraíamos entre charlas triviales.

Fue difícil, ya que la demora y la lluvia eran tan intensas, tanto que pensamos en la posibilidad de cancelar el viaje, pero de todas formas insistimos, hasta que finalmente subimos al bus.

El viaje fue prolongado, tuvimos que bajarnos cerca de la iglesia de Usme Pueblo, desde donde caminamos cuesta arriba hasta alcanzar la gasolinera. Allí giramos a la derecha y nos esperaba una carretera improvisada, que debido al barro nos hacía difícil cada paso.

Alrededor del camino que iniciaba en la cima y nos hacía descender, había fincas pequeñas o plantaciones de papa, donde no había cultivos, en su lugar se encontraban algunas vacas y ovejas. Sin duda un escenario que nos hizo dudar que

tanto amábamos Bogotá y sus calles sucias, porque, ver animales en lugar de autos y barro en lugar de pavimento, no era tan malo como soportar el ruido matutino de la capital, ni los olores producidos por el botadero Doña Juana.

Nos tomó media hora bajar; desde la gasolinera a la última finca del camino, en este punto ya no había más casas, en su lugar se encontraba un campo vacío que estaba protegido por un alambre de púas a lado y lado.

Evidentemente, era propiedad privada. «¡Pero el río es público!» justificábamos para nosotros mismos, cuando nos deslizamos por debajo del alambre. Al otro lado nos esperaba un pastizal maltratado y muy descuidado, tuvimos que dar zancadas lentas, para evitar pisar los excrementos de las vacas, que abundaban.

Caminamos en dirección al río, hasta que nos encontramos a la responsable de los desechos; una vaca con manchas marrón. Esta parecía no haberse percatado de nuestra presencia, aunque nos apresuramos a tomar distancia en silencio, evitando interrumpir su almuerzo.

«¡Por fin!» exclamamos, cuando finalmente el río se encontraba frente a nosotros, su agua no era profunda y tampoco muy caudalosa, la lluvia hacía parecer que el río se iba tornando más grande ante nuestros ojos de forma desafiante.

La hipotermia nos pareció un término inventado, porque no estimamos que estaba lloviendo, cuando decidimos meter los pies en el agua, que a pesar del frío y lo aterrador que pareciera tocar accidentalmente el musgo que escondía la corriente, también nos transmitía una sensación de tranquilidad, que solo la produce la naturaleza. Pasamos varios minutos a la orilla, nos tomamos varias fotos juntos, después nos volvimos a poner las zapatillas y empezamos a ascender por en medio del río.

Cruzábamos sus aguas saltando piedra por piedra, la adrenalina y los chapoteos que hacíamos cuando nuestro pie resbalaba dentro del agua, hizo de cada salto un desafío emocionante. Porque cada piedra estaba en su mayoría cubierta de musgo y para hacerlas aún más inestables, el agua las volvía resbalosas, había muy pocas que fueran seguras de pisar. Y no todas se encontraban fijas, algunas eran pequeñas trampas que al ponerle el pie encima, nos provocaba un susto de muerte.

Mientras subíamos, nos encontramos con muchos objetos que contrastaban aberrantes con el ambiente, como botellas vacías, basura esparcida e incluso había agua de colores preocupantes. Algo que lamentamos, ya que era un lugar hermoso, sin embargo, no parecía importarle a todo el mundo.

Hubo un punto en que el agua era lo suficientemente profunda, así que no lo pensamos dos veces antes de quedarnos en ropa interior y sumergirnos. Jugamos y disfrutábamos de aquel escenario tan diferente al que vivíamos cada día, sin quejarnos de absolutamente nada: Ni el frío, ni el agua sucia arruinaría la diversión. Pero cuando terminé el juego, empezó la preocupación, porque el tiempo no perdono que nos hubiéramos estado divirtiéndolo, tampoco lo hizo el sol que se iba escondiendo para dejar brillar la tenue luz de la luna. El silencio del panorama nos anunciaba que se nos hacía tarde para regresar, nos apresuramos nerviosos a bajar hasta el punto donde habíamos entrado al río.

Sin embargo, para descender tardamos el doble de tiempo del que nos tomó subir, al parecer el río era capaz de hacerse más grande cuando le apetecía, porque intentamos descender de la misma forma en que ascendimos por medio del río, pero esta vez nuestras piernas ya se encontraban cansadas y temblábamos haciendo traspies en el afán de regresar pronto.

Tuvimos que acortar el camino volviendo a pasarnos entre los alambres de púas, que nos avisaban una vez más que no deberíamos haber estado allí entre sus límites. Un perro furioso por nuestra invasión nos ladraba desde la distancia, llegamos a un punto desde el que tuvimos que saltar desde una roca inmensa al otro lado de un alambrado y cuando aterrizamos empezamos a correr hasta atravesar el pastizal, dejando atrás el reclamo del animal.

Y en cuanto lo logramos, estábamos completamente exhaustos y mojados de pies a cabeza, no teníamos certeza de como aún estábamos vivos, después de tantos desafíos, pero aún nos faltaba uno: Volver completos a casa.

Logramos volver a la gasolinera después de una larga travesía, donde tomamos el bus, cuando estuvimos en su interior sentimos un gran alivio, seguramente producido por la calefacción del vehículo, que nos devolvía a la ciudad de siempre,

la diferencia es que ahora nosotros ya no éramos los mismos. Porqué anhelábamos volver y seguir experimentando aventuras tan arriesgadas, pero tan entretenidas al mismo tiempo. No hay película, videojuego o tendencia que se compare a lo que habíamos vivido esa tarde.

Alan tuvo un calambre en los pies, que se le quitó una vez ya estábamos en el bus de regreso, yo tenía algunos raspones que me había hecho mientras corríamos entre fincas, Iker se había cortado una mano intentando atravesar el alambre que nos separaba del perro, Julián y Chaparro compartían el mismo dolor de piernas que los cinco sentíamos.

Lo más extraño de todo, fue que, a pesar de habernos lavado de pies a cabeza, ninguno tuvo la más mínima intención de enfermarse después de la travesía. Quizás a nuestros cuerpos no les debilite la intemperie, más bien los enferma el sedentarismo y la falta de riesgos.

Ya mientras volvíamos a la Aurora, ninguno se quejó de la experiencia tan extraordinaria que vivimos, aun cuando corrimos tanto riesgo. Dos semanas después volvimos, esta vez con Brausin, sin importar lo lejos, ni el frío, ni el musgo, ni el alambre, ni el peligro.

Han pasado seis meses y aún no he vivido una experiencia similar, tan peligrosa, increíble y natural, tres características que describen con exactitud al Rio de Usme, que parece completamente ajeno a Bogotá, lo único que comparte en común con la capital, es que ni su corriente se salva de la contaminación.